

DOMINGO V DE PASCUA “C”

Domingo de las consignas del Señor en su despedida

Hch 14, 20b-26:
Sal 144,8-13:
Ap 21,1-5a:
Jn 13,31-33a.34s:

*Contaron a la Iglesia lo que Dios había hecho por medido de ellos
Bendeciré tu nombre por siempre jamás, Dios mío, mi Rey
Dios enjugará las lágrimas de sus ojos
Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros*

I. LA PALABRA DE DIOS

«Ahora es glorificado el Hijo del Hombre». El tiempo pascual está centrado en Cristo Resucitado. Por su muerte y resurrección, Cristo ha sido glorificado. La muerte de Jesús, que para los judíos era la supresión de un personaje molesto, para Jesús era el comienzo de su glorificación. El crucificado, el «varón de dolores», ha sido inundado de la vida de Dios, experimenta una felicidad sin fin, ha sido enaltecido como Señor. A la luz de la Resurrección entendemos el amor del Padre a su Hijo, que ha querido glorificarle, es decir, manifestar en Él su esplendor, y con esta plenitud. Y también Dios quiere glorificarnos a nosotros: «Los sufrimientos de ahora no son comparables con la gloria que un día se manifestará en nosotros» (Rom 8,18).

«Dios es glorificado en Él». La unidad del Padre y del Hijo –«somos Uno»– se manifiesta una vez más en que la glorificación del Hijo es también la glorificación del Padre. A lo largo del evangelio, Jesús ha repetido que no busca su gloria. Es admirable este absoluto desinterés de Jesús que sólo desea que el Padre sea glorificado en Él. También esta es la postura del auténtico cristiano que, completamente olvidado de sí mismo, sólo desea la gloria de Dios –«No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria» (Sal 113b)– y sólo pretende que a través de sus palabras y obras Dios manifieste su amor, su poder, su sabiduría ...su gloria; que Dios sea conocido y amado, que Dios sea glorificado en Él.

«La señal por la que conocerán que sois discípulos míos...» Dios es glorificado en nosotros cuando nos dejamos inundar por su amor y este amor revierte hacia los demás. Esta es no “una” señal, sino “la” señal, el signo inconfundible de los discípulos de Cristo. La novedad y la hondura que le da Jesús al «**mandamiento nuevo**» está en ese «**como yo os he amado**», es decir, «**hasta el extremo**», hasta dar la vida.

El amor cristiano nace del Amor del Padre a los hombres, comunicado a su Hijo y de éste a sus hermanos, en el Espíritu Santo. Es trinitario y se llama caridad. Es fruto de la gracia, no es simple filantropía, aun cuando ésta puede prepararle el camino. No es una simple exigencia ética, sino un compromiso que nos asemeja a Jesús, porque nace de la caridad de Cristo en nosotros. Sólo mirando a Cristo, y comiendo y bebiendo de Él, somos capaces de amar de verdad, a su manera.

II. LA FE DE LA IGLESIA

La vida nueva en el Espíritu
(690; 733-741; 746)

Por su Muerte y Resurrección, Jesús es constituido Señor y Cristo en la gloria. De su plenitud derrama el Espíritu Santo sobre los Apóstoles y la Iglesia. «**Dios es Amor**» y el Amor, que es el primer don, contiene todos

los demás. Este amor «*Dios lo ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado*».

Cuando por fin Cristo es glorificado, puede a su vez, de junto al Padre, enviar el Espíritu a los que creen en Él. Les comunica **su Gloria**, es decir, **el Espíritu Santo** que lo glorifica. La misión conjunta se desplegará desde entonces en los hijos adoptados por el Padre en el Cuerpo de su Hijo: la **misión del Espíritu** de adopción será unirlos a Cristo y hacerles vivir en Él.

Puesto que hemos muerto, o al menos, hemos sido heridos por el pecado, el primer efecto del **don del Amor** es la **remisión de nuestros pecados**. La Comunión con el Espíritu Santo es la que, en la Iglesia, vuelve a dar a los bautizados la **semejanza divina** perdida por el pecado. Él nos da entonces las «*arras*» o las «*principias*» de nuestra herencia: la **Vida** misma de la Santísima Trinidad que es amar «*como Él nos ha amado*». Este **amor** es el **principio de la vida nueva** en Cristo, hecha posible porque hemos «*recibido una fuerza, la del Espíritu Santo*».

Gracias a este poder del Espíritu Santo los hijos de Dios pueden dar **fruto**. El que nos ha injertado en la Vid verdadera hará que demos «*el fruto del Espíritu que es caridad, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza*». El Espíritu es nuestra Vida: cuanto más renunciamos a nosotros mismos, más obramos también según el Espíritu.

Por la comunión con Él, el Espíritu Santo **nos hace espirituales**, nos restablece en el Paraíso, nos lleva al Reino de los cielos y a la adopción filial, nos da la confianza de llamar a Dios Padre y de participar en la gracia de Cristo, de ser llamado hijo de la luz y de tener parte en la gloria eterna.

Todos nosotros que hemos recibido el mismo y único espíritu, a saber, el Espíritu Santo, nos hemos **fundido** entre nosotros y con Dios ya que por mucho que nosotros seamos numerosos separadamente y que Cristo haga que el Espíritu del Padre y suyo habite en cada uno de nosotros, este Espíritu único e indivisible **lleva por sí mismo a la unidad** a aquellos que son distintos entre sí y hace que todos aparezcan como una sola cosa en Él. Y de la misma manera que el poder de la santa humanidad de Cristo hace que todos aquellos en los que ella se encuentra formen un solo cuerpo, también de la misma manera el Espíritu de Dios que habita en todos, único e indivisible, los lleva a todos a la unidad espiritual.

Puesto que el Espíritu Santo es la Unción de Cristo, es **Cristo**, Cabeza del Cuerpo, quien **lo distribuye** entre sus miembros para **alimentarlos, sanarlos, organizarlos** en sus funciones mutuas, **vivificarlos, enviarlos** a dar testimonio, **asociarlos** a su ofrenda al Padre y a su intercesión por el mundo entero. **Por medio de los sa-**

crámentos de la Iglesia, Cristo comunica su Espíritu, Santo y Santificador, a los miembros de su Cuerpo. Estas *maravillas de Dios*, ofrecidas a los creyentes en los Sacramentos de la Iglesia, producen sus frutos en la **vida nueva**, en Cristo, según el Espíritu.

La virtud teologal de la caridad (1812 – 1813; 1822 – 1829; 2067; 2074; 2196)

Las **virtudes humanas** se arraigan en las **virtudes teologales** que **adaptan las facultades del hombre** a la participación de la naturaleza divina. Las virtudes teologales se refieren directamente a Dios. **Disponen** a los cristianos a vivir en relación con la Santísima Trinidad. Tienen como **origen, motivo y objeto** a Dios Uno y Trino.

Las virtudes teologales **fundan, animan y caracterizan el obrar moral** del cristiano. **Informan y vivifican** todas las virtudes morales. Son **infundidas por Dios** en el alma de los fieles **para hacerlos capaces de obrar** como hijos suyos y merecer la vida eterna. Son la garantía de la **presencia y la acción del Espíritu Santo en las facultades** del ser humano. Tres son las virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad.

La **caridad** es la **virtud teologal** por la cual amamos a **Dios** sobre todas las cosas, por Él mismo; y a **nuestro prójimo**, como a nosotros mismos, por amor de Dios.

Jesús hace de la **caridad el mandamiento nuevo**. Amando a los suyos «*hasta el fin*», manifiesta el amor del Padre que ha recibido. Amándose unos a otros, los discípulos imitan el amor de Jesús que reciben también en ellos. Por eso Jesús dice: «*Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor*». Y también: «*Este es el mandamiento mío: que os améis unos a otros como yo os he amado*».

Fruto del Espíritu y plenitud de la ley, la **caridad guarda los mandamientos** de Dios y de Cristo: «*Permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor*». Los diez mandamientos enuncian las **exigencias del amor** de Dios y del prójimo. Los tres primeros se refieren más al amor de Dios y los otros siete más al amor del prójimo. El apóstol san Pablo lo recuerda: «*El que ama al prójimo ha cumplido la ley. En efecto, lo de: no adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás y todos los demás preceptos, se resumen en esta fórmula: amarás a tu prójimo como a ti mismo. La caridad no hace mal al prójimo. La caridad es, por tanto, la ley en su plenitud*».

Cristo murió por amor a nosotros «cuando éramos todavía enemigos». El Señor nos pide que amemos como Él hasta a nuestros **enemigos**, que nos hagamos prójimos del más **lejano**, que amemos a los **niños** y a los **pobres** como a Él mismo.

El apóstol san Pablo ofrece una descripción incomparable de la **caridad**: «*La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta*». «*Si no tengo caridad –dice también el apóstol– nada soy*». Y todo lo que es privilegio, servicio, virtud misma... «*si no tengo*

caridad, nada me aprovecha». La caridad es **superior a todas las virtudes**. Es la **primera** de las virtudes teologales: «*Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad*».

La caridad tiene por **frutos** el gozo, la paz y la misericordia. **Exige** la práctica del bien y la corrección fraterna; es benevolencia; suscita la reciprocidad; es siempre desinteresada y generosa; es amistad y comunión.

El ejercicio de todas las virtudes está **animado e inspirado** por la **caridad**. Esta es «*el vínculo de la perfección*»; es la **forma** de las virtudes; las **articula** y las **ordena** entre sí; es **fuente y término** de su práctica cristiana. La caridad **asegura y purifica nuestra facultad humana de amar**. La eleva a la perfección sobrenatural del amor divino.

La práctica de la **vida moral animada por la caridad** da al cristiano la **libertad espiritual** de los hijos de Dios. Este no se halla ante Dios como un esclavo, en el temor servil, ni como el mercenario en busca de un jornal, sino como un **hijo que responde al amor** del que nos amó primero.

Jesús dice: «*Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí como yo en él, ése da mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada*». El fruto evocado en estas palabras es la **santidad** de una vida hecha fecunda por la unión con Cristo. Cuando creemos en Jesucristo, participamos en sus misterios y guardamos sus mandamientos, el Salvador mismo ama en nosotros a su Padre y a sus hermanos, nuestro Padre y nuestros hermanos. Su persona viene a ser, por obra del Espíritu, la **norma viva e interior de nuestro obrar**. «*Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado*».

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

«*O nos apartamos del mal por temor del castigo y estamos en la disposición del esclavo, o buscamos el incentivo de la recompensa y nos parecemos a mercenarios, o finalmente obedecemos por el bien mismo del amor del que manda... y entonces estamos en la disposición de hijos*» (S. Basilio).

«*La culminación de todas nuestras obras es el amor. Ese es el fin; para conseguirlo, corremos; hacia él corremos; una vez llegados, en él reposamos*» (S. Agustín).

IV. LA ORACIÓN CRISTIANA

*¡Cristo ha resucitado!
¡Resucitemos con él!
¡Aleluya, aleluya!*

*Muerte y Vida lucharon,
y la muerte fue vencida.
¡Aleluya, aleluya!*

*Es el grano que muere
para el triunfo de la espiga.
¡Aleluya, aleluya!*

*Vivamos vida nueva,
el bautismo es nuestra Pascua.
¡Aleluya, aleluya! Amén.*